

C u a d e r n i l l o
d e P o e s í a
C o l o m b i a n a

No. 59

Ernesto Gonzalez V.

Ediciones de
Universidad Pontificia Bolivariana

P R E S E N T A C I O N

Por Alfonso Lopera L.

No conocí al popularísimo "Vate González" de la bohemia romántica, ni al de la tertulia chispeante y espiritosa del viejo Café "La Bastilla", en torno de la mesa que presidía por derecho de talento y de prestigio el insigne Carrasquilla; ni al ameno, ágil e inagotable platicante de aquella modesta redacción de "El Colombiano", en la carrera de Junín, pero me unió por quince años una hermandad sincera y cálida con Ernesto González, el mismo Ernesto María de los postreros años, anclado ya firmemente en la convicción y el sentimiento de su fe y en la plena función, amorosamente cumplida, de ser evangelizador de sus amigos y apóstol en la mesa del café.

Imponderable fue el bien que Ernesto supo hacer a través de su parla gratisima en el ligero ambiente del café. Cuanto interesara a la cultura, los temas de las letras y las artes iban devanando amenamente en su conversación sávida y cordial, pero aquí y allá apuntaban de pronto en sus labios, con espontaneidad y sin falsas posturas, la reflexión cristiana, la rectificación de errores o prejuicios, la incitación amistosa a la virtud. "Es mi apostolado, me confío alguna vez. Dios me hizo conversador incorregible y conversando frívolamente me he pasado gran parte de la vida. Tengo, pues, que aprovechar muy bien lo poco que me queda por vivir".

Otra más honda y más noble era en realidad la razón de su apostolado. Pocos han sentido como Ernesto González la sagrada función de la amistad y han sabido acatar sus fueros con más fidelidad y devoción. Alma buena y sencilla, abierta a todos como sus farallones nativos, quien una vez tocaba a las puertas de su amistad, podía tener la certeza de un acogimiento franco, cordial y duradero.

Los atributos de su alma, los dones de su corazón, las reservas de su cultura, su compañía siempre jovial y acogedora, y hasta las mismas monedas de su exiguo peculio, se mantuvieron en todo momento en generosa posición de entrega, listos para servir al amigo que algo requiriese. En la categoría de sus servicios valoraba sin embargo, ante todo, la ayuda espiritual y a ella encaminaba sus mejores esfuerzos. Por eso había en su alma sincera fruición cuando alguno de sus viejos camaradas de bohemia o de sus compañeros de tertulia y de arte daba en vida un paso hacia Dios o se entregaba al morir a la confianza de su misericordia.

La obra literaria de Ernesto González, aparte de sus méritos artísticos, es también de honda esencia cristiana. Cantó con sencillez y emoción sincera cuanto de noble y fecundo guarda nuestra Antioquia creyente: sus campos bendecidos por Dios, las cristianas tradiciones de nuestras montañas, el trabajo honrado de los labradores, la belleza sin maquillaje de nuestra mujeres campesinas, los aires de estos horizontes abiertos y libres, la plegaria sincera y humilde de las gentes rústicas, en una palabra, el alma de Antioquia cristianizada por el Evangelio y el trabajo.

Su inspiración poética buscó en los últimos años re-mansos místicos y cauces de sereno cantar religioso. Se nutrió a conciencia y con deleite de las esencias bíblicas, saboreó devotamente el Evangelio, espigó con emoción en las vidas de los santos y en la pura belleza de la liturgia para buscar, en tan ricos graneros, alimento para el alma y estímulo para su canto. Los doce meses del año jubilar mariano de 1954, conmemoración universal del Dogma de la Inmaculada, marcaron para su espíritu y su obra una clara trayectoria de conmovido acercamiento a María. Fruto de sus lecturas, meditación, plegarias y emociones, fue la serie de ingenuos, de filiales cantos a Nuestra Señora recogidos en su libro postrero "Vida de la Santísima Virgen", que fervorosamente rubricó con su nombre definitivo de Ernesto *María* González.

En Ernesto González hubo siempre una limpia alma infantil que supo mirar el mundo con simplicidad y ternura. En nada por tanto debió violentar su natural cuando en los dos volúmenes de su "Juan Grillín" abrió caminos de aventura a las plantas andariegas de su pequeño héroe, personificación en realidad de su afecto entrañable a Antioquia. Más que un libro para lectura de los niños, el Juan Grillín de Ernesto González fue un breviarío de emociones ingenuas ante la geografía del terruño y el diáfano desemboque de su alma infantil, de su mirada absorta en la contemplación de la belleza simple y elemental.

Si para el cristiano no hay casualidades ni coincidencias porque, en expresión de Bloy, "todo lo que sucede es adorable", la muerte de Ernesto González llegó encuadrada en dos fechas dicientes: 3 y 4 de octubre, Santa Teresa del Niño Jesús, la del camino santificador de la infancia, espiritual, y San Francisco de Asís, el trovador de Dios, el santo cantor de los seres humildes, de las ave-cillas y los peces. Bajo su signo y patrocinio Ernesto González traspuso los linderos del tiempo y entregó al Señor su vida y su obra. Una vida iluminada por limpidez de infancia y un canto saturado de emoción franciscana.

LOS HOMBRES ANTIGUOS

- I -

Hoy canto a los abuelos
que llevaron la ruana como un manto,
el hondo escapulario carmelita
sobre el pecho velludo y retostado.

Aquellos que trazaron los caminos
por donde fue la recua rezongando
y que —con voluntad irrevocable—
la selva milenaria descuajaron.

Esta es la Antioquia, patria verdadera
de Gregorio Gutiérrez y Epifanio,
del “Padrenuestro” y el “Ave María”
y del “te quiero mucho” y del “me largo”.

Mas aquellos abuelos
eran fuertes, católicos y másculos,
porque llevaban como una gorguera
la fértil barba sobre el tórax ancho.

(Los abuelos de ahora, Antioquia mía,
no llevan barbas ni bigotes altos,
ni visten ruana azul, ni la alpargata
usan ya, ni el pañuelo rabuegallo.
El progreso triunfal todo lo cambia:
casas, costumbres, goces y vestuario).

- II -

Abuelos de estructura desmedida,
de rebeldes, dramáticos mostachos,
que filtraban la voz obligatoria
como brota el torrente entre peñascos.

Cuando hablaba un abuelo hace diez lustros,
—enjuto como Alonso de Quijano—
con su aguadeño como antigua torre,
con su carriel de nutria de Envigado,
cuando hablaba un abuelo...
de esos de ruana azul de fino paño,
el grueso ventarrón enmudecía
y temblaban, altísimos, los astros.

Y es que aquellos abuelos eran hombres,
a mi modo de ver, extraordinarios.

- III -

Barbudos campeones
que no escucharon en su vida el radio,
que no montaron en avión, ni nunca
supieron de viajar en raudo carro!

Tales fueron los padres del Progreso,
tales fueron los héroes del trabajo.
En las guerras civiles, con el grito
de *Viva la República*, triunfaron.

Corajudos abuelos,
creyentes, laboriosos y románticos,
a las barbas debieron su prestancia
y ese dón de vencer con alma y brazos.

- IV -

Qué ardientes y tremendos
de las guerrillas en los lances trágicos!
Qué convincentes y despercudidos
al pie de las ventanas, cuando amaron.

Seguros en las horas de la prueba,
si montaban los chúcaros caballos!
Qué fervor, si cazaban, monte adentro,
el fiero tigre o el veloz venado...

Y cuando reposaban en la noche,
pintada por la luna o los relámpagos,
qué satisfecho reposar el suyo
mirando los luceros de soslayo.

- V -

Ellos solos pudieron
forjar la patria en un momento cárdeno,
iluminar de espíritu las leyes
adivinando el porvenir preclaro.

¡Oh, barbas como crespas torrenceras,
hicísteis los abuelos más jerárquicos,

como aquellos del Viejo Testamento,
que gobernaban pueblos y rebaños,
dialogaban con Dios en algún monte,
y expiraban de pie, la frente en alto.

Esos eran patricios,
guedeja al viento y decidores labios,
energía sin fin, pecho amoroso
y pupila encendida como el rayo.
Todo les fue posible y hacedero
con esa ramazón de los mostachos.

Hoy bendigo esos tiempos,
glorifico esos años,
los de la Antioquia grande, fértil, única,
raza de Dios de temple castellano.

Pero aquellas etapas nunca mueren
porque están reviviendo en nuestros cantos.

- VI -

En jornadas agrícolas,
cuando el proverbio guiaba nuestros pasos,
esos viejos de ruana callejera
rezaban por la suerte del sembrado,
y a veces, en las noches de jolgorio,
trovaban en las minas con el diablo.

Si escuchaban terrígeno bambuco
que, gemidor, volaban desde el zarzo,
el cultivo predial reflorecía
oliendo a libertad y a epitalamio.

Ubérrima y pujante fantasía
que vas sueños de amor multiplicando,
que el Cauca-arriba pintas como un cielo
con oriental fascinación y encanto:
pródiga millonaria fantasía
que haces feliz al hombre de los campos,
cuando entre la canción y la cosecha,
es el obrero de los sueños vastos.

- VII -

Esta es la sangre fundadora y libre,
la del machete y el escapulario,

la del maizal y la de la arriería,
la del pilón y la de los zamarros,
la del refrán y la de los agujeros
que inquietan en las noches de presagio.

¡Amemos esta tierra de patriarcas,
óptima como el agua y como el grano,
donde el abuelo comenzó a ser rico
rompiendo el tabacal, empecinado,
retorciendo la llave del bigote,
como quien abre el porvenir despacio...

Bendigamos el río espejeante,
el monte ensimismado y enigmático,
el camino, serpiente de las cuestas,
y la olorosa paz de los ganados,
el eneldo que llena con su aliento
el aire nazareno de los ranchos!

¡Esa Antioquia no puede morir nunca
porque está reviviendo en nuestros cantos!



TIERRA MATERNAL

Antioquia es grande y es fuerte
como sus altas empresas;
es su corazón sincero
musical como una fiesta.

Si derriba los rastrojos
para la fecunda siembra,
su energía no se agota
ni languidece en la brega.

Ama a Dios y a Dios le rinde
el culto de su fe inmensa.
Por la noche el habitante
de las cristianas veredas
—el corazón en los labios—
al Dios de los cielos reza.

Y es de contemplar el cuadro
de la familiar escena:
la esposa pide al Señor
por la futura cosecha,

por la suerte de los hijos
y su salvación eterna;
y si es tiempo de verano
ruega también porque llueva.

La noche en danza de brisas
se pone un chal de luciérnagas,
la atmósfera lleva y trae
avemarías y endechas
dejando santificadas
casas, colinas y vegas.

En la tierra de labranza
los peones sudando piensan,
con cándida sencillez,
que es dadivosa la tierra
porque al producir los frutos
que al antioqueño alimentan,
su jugo le comunica
sabias verdades eternas
que esclarecen esperanzas
y magnifican empresas...

El niño de los cortijos
al elevar la cometa
en tardes aleteantes
de vagas reminiscencias,
descubre en la lejanía,
como una partida almendra
la luna recién nacida,
que quiere ser antioqueña.

Los domingos por la tarde
esta la casa de fiesta:
es que ha llegado del pueblo
el que la ayuda y gobierna.
Trae el mercado oloroso
la mula bastimentera...
Los niños alborozados
piden cuentos de Calleja,
corozos o colaciones
y toda cosa que alegra.

El perro salta exhibiendo
rosada y tiesa la lengua,
ya se para en las dos patas
ante el amo que la espera.
Un peón quita la silla
rápidamente a la yegua

en que llegó el hacendado
bajo la tarde antioqueña.

Y se colma la cocina
de olores y voces nuevas.
Anda diligente y lista
muy erguida la sirvienta,
que es una negra churrusca
de dientes blancos y esbelta.
El chorro de agua que cae
tumultuoso en la poceta
a veces asusta al gallo
y a sus mansas compañeras...
¿No es esta la poesía
que amaron nuestras abuelas?

Monte azul, valle esmeralda,
horizonte que se ahueca,
papayos que son la gloria
de la casa y la dehesa.
El cielo mira a la casa,
la casa mira a la huerta,
la huerta a las mariposas
que van con vuelo de seda...

En la manga los terneros
al encerrador recuerdan
que está pasada la hora
y hay frío en las cabeceras.
Se van quedando calladas
todas las cosas... Golpea
el viento en las clavellinas
y el perro ladra... sin tregua...

Esta es la tierra bendita
que canta todo poeta:
la de los hondos amores,
la de la fe carbonera,
la del trabajo creador
y el alma como una fiesta,
la de severas costumbres
el Paduano presidiéndolas.

¡Venid aquí, ciudadanos
de las urbes opulentas,
aspirad estos olores
que despiden las cosechas,
las vacas por la mañana
y las sudorosas bestias;

regustad estos manjares,
y comed estas arepas
y baños en los charcos
que entre los guamales sueñan,
y respirad este ambiente
que hace la vida más bella,
que unge las albas casitas
que en las vertientes esperan.

Del campo viene la vida,
de la ciudad la tristeza,
los campos producen granos
y la ciudad nos da penas.
Dios nos bendiga esta Antioquia
maravillosa y eterna.

Pero el que todo dirige,
el que las cosas ordena,
el que labores y oficios
organiza y aconseja,
después de Dios, es el jefe
de la familia labriega.

Lleva la barba entrecana
y sobre el pecho le cuelga;
con sus espesos bigotes
va señalando a la tierra;
contra su pecho se rompen
inquietudes y miserias;
otrora con su figura
contribuyó a la epopeya
de tantas guerras civiles
que lastimaron la tierra...
ahora piensa en trabajar
y en sosegadas faenas...
y si recuerda otros hechos,
otros hombres, otras épocas,
entona algunas canciones
de su briosa adolescencia...

Tal es el patrón que sabe
cómo se hace la molienda,
cómo se castran los toros,
cuándo se corta madera,
la quema de los rosados
cómo, con maña, se empieza,
cómo se ensillan y montan
las más indómitas bestias,
cómo se siembra el tabaco

desde las almacigueras,
y cómo se descalostran,
con cuidado y con paciencia,
las vacas recién paridas
en el patio de la hacienda.

Estampa de agricultor,
imagen de la cautela,
en él Antioquia revive
con sus virtudes enérgicas,
con sus prácticos refranes
y su alma caballerisca.

Dios proteja aquesta ruana
que vela tanta entereza,
y ese carriel en que oculta
sus tesoros la experiencia.

C A N C I O N

Por qué me dices que no me muera?
Por qué me ruegas que no me vaya?
Toda criatura tiene su ocaso
y esta es la tarde compleja y pálida.

Placer, honores, loca alegría,
gratos ensueños, gloria, esperanza...
Todas las cosas tienen su ocaso
y esta es la tarde compleja y pálida.

La vida trémula guarda un encanto,
amor enciende su viva lámpara...
Toda criatura tiene su ocaso
y esta es la tarde compleja y pálida.

Frescas florestas, noches azules,
viajes radiantes, noches fantásticas...
Toda criatura tiene su ocaso
y esta es la tarde compleja y pálida.

Soñé aventuras maravillosas
y fuí yo el novio de la mañana...
Por qué me dices que no me muera?
Por qué me ruegas que no me vaya?

UN NOMBRE

Hay un nombre que brota cada día
del labio fervoroso del cristiano:
en el contento reflorece ufano
y en el pesar enciende la energía.

Al despertarse la doncella pía
lo pronuncia con gozo soberano;
y en el tardó dolor o en el temprano
es una musical cristalería.

Nombre mil veces santo que consuela
y el congojado corazón levanta
y en el niño entusiasmos atesora:

¡María!, dice el viento cuando vuela,
¡María!, dice el ángel cuando canta
y ¡María! la madre cuando implora.



LA NEBLINA

Tras el eterno torrencial copioso
que destrozó arboledas y sembrados,
van surgiendo los frágiles brocados
de la neblina en viaje vaporoso.

Eucarístico vuelo perezoso
sube por los yarumos humillados
o se rasga en la ley de los cercados
como un "adiós" al agro silencioso.

Noble paciencia que convierte. Blanco
telar que ciñe el cerro y el barranco
y que bendice la piedad del huerto.

Así la fe que el infinito escala,
segura como el Tiempo y como el Ala
que corta en fuga el horizonte abierto.



LA COCINA

La llama que de leña se alimenta
en el fogón colérica crepita,
solloza a veces o rebelde grita
o salta audaz, magnífica y violenta.

Ya de las ollas el hervor revienta,
y está charlando ufana la marmita:
huele a puchero, huele a carne frita
y anda feliz, dichosa la sirvienta.

El humo pinta de betún el techo,
mientras penetra una gallina enana
que va buscando el codiciado afrecho;

mas la mujer a la gallina increpa,
y en tanto extiende sobre la callana
el blaquisimo disco de una arepa.



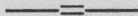
LA RUANA

Puesta sobre los hombros del campero,
se ostenta a modo de imperial coraza,
o como escapulario de la raza
parienta de Jesús el Carpintero.

La capa del hispano aventurero,
al arribar a la antioqueña casa,
dejó caer su chal de enredaderas
transformándose en guión del caballero.

Corre por tus cuatro ángulos abajo
fuente de honor y de castellanía
que lustra las victorias del trabajo.

Y eres en el hogar, sencillo y fuerte,
cobertor de la prole en noche fría,
o pabellón audaz, contra la muerte.



EN EL PARAMO

En la noche del páramo que reza
con la voz monocorde de las ranas,
evoco mis angustias más lejanas
en el agrio rigor de la tristeza.

Inerte está la gris Naturaleza;
comulga con neblinas soberanas
la meseta de musgos y de lianas
que tiritan de frío en la maleza.

Brota la luna bondadosamente
por la extensión sin límites precisos
del alto Cerro tras la adusta frente...

Ah, si estuviera junto a mí la ignota
noche maravillosa de tus rizos
para olvidar el hielo que me azota!



SONARON LAS CAMPANAS CAMPESINAS...

Sonaron las campanas campesinas
con una unción que acarició el ambiente;
atardecer de beatitud ferviente
con músicas de rezo y golondrinas...

Flota ya por los llanos y colinas
la agonía del sol plácidamente;
y en la ermita predial, doblan la frente
mujeres de gargantas argentinas.

El valle se tiñó con la imprecisa
tinta de vaguedades mortuorias
y al cesar el rumor de antiguos rezos,

me habló la voz humilde de la brisa
de promesas y pálidas memorias,
de amores mudos con temblor de besos.



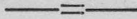
EL INVALIDO

Luciendo en su reposo involuntario
su condecoración de cicatrices,
pasa días, monótonos y grises,
el lebril del agreste propietario.

Ayer fue el cazador más sanguinario
y lo mismo conejos que perdices
arrebató en sus ímpetus felices
al matorral, o al bosque centenario.

Hoy, agotado el primordial coraje,
mira impotente los ocasos rojos
que trazan liebres en febril celaje.

Y al añorar su pugna en los rastros,
cruzan reminiscencias de paisaje
por las mártires grutas de sus ojos.



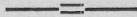
LA CASA RURAL

Ceñida en clavellinas cariciosas
junto al naranjo patriarcal, se emplaza
en la vereda lírica la casa
que tiene alberca entre apretadas rosas.

Compendio de las bíblicas esposas,
una mujer allí los ortos pasa,
y en la paz —que las cóleras rechaza—
ejercita sus manos hacendosas.

En el amplio crepúsculo, contrita
la vivienda se ve como cubierta
de gracia celestial que la defiende...

Si anuncia el perro una cordial visita,
se oye el rudo sollozo de la puerta,
mientras la lumbre familiar se enciende...



EL DOMINGO

Cada domingo sale el hacendado,
jinete experto de su yegua overa,
que deja atrás, magnífica y ligera,
el trayecto entre el predio y el poblado.

Atento, asiste a misa, hace el mercado,
del precio de los víveres se entera,
auxilia a alguna humilde pordiosera
y habla de las cosechas y el ganado.

Ya de regreso al lar donde la esposa
ordenó la doméstica comida
en la tarde compleja y bondadosa,

tiende l'ancha mirada complacida
por la tierra múltipara y virtuosa,
fuente de la abundancia y de la vida.

COMO SAN JUAN...

Como San Juan, como Santa Teresa,
como Fray Luis y como el Arcipreste,
tengo mi manto de color celeste
y una burbuja alegre de tristeza.

El novio soy de la Naturaleza
que me ha enseñado su piedad agreste,
como Fray Luis y como el Arcipreste,
como San Juan, como Santa Teresa.

Un eco que a rezar me invita,
por eso el labio dócilmente reza
al Salvador y a la Virgen bendita.

Cesa en mi ser la original fiereza,
y alguien de noche me hace la visita,
como a San Juan, como a Santa Teresa.

LA CHAPOLERA

Prendida de las ramas del cafeto
como un símbolo alegre de la vida,
cimbreaña, avizorante, complacida,
tiene en el árbol productor, su objeto.

Lleva oculto en el seno un amuleto
contra toda maldad desconocida,
y hay en su fresca mocedad florida
algo que impone el varonil respeto.

Colmado el recipiente de bejuco
que agobia el talle de virgínea curva,
festeja el cafetal con un bambuco.

Y al regresar la tarde a la montaña,
un recuerdo amoroso la conturba
y humedece el negror de su pestaña.

COMO SAN JUAN

Como San Juan, como Santa Teresa,
como Rey Luis y como el Arcángel,
trajo mi mano de color oscuro
y una burla alegre de tristezas.

El novio rey de la fiesta
que me ha enseñado su piedad agreste,
como Rey Luis y como el Arcángel,
como San Juan, como Santa Teresa.

Un eco que a reír me invita,
por eso el latido débilmente
al Salvador y a la Virgen bendita.

Como en mí ser la original forma,
y alguna de noche me hace la visita,
como a San Juan, como a Santa Teresa.